

ABDERA FENICIA Y GRIEGA

Plinio, Mela y Avieno atribuyen a los fenicios la fundación de Abdera. Como factoría comercial de fenicios o griegos se la tiene. García y Bellido sostiene que Abdera, acentuada la primera A, es de fundación griega, por el origen del nombre y por la sinonimia con la Abdera minorasiática de los clazomenios; concede que a este topónimo otros historiadores le buscan etimología púnica. Strabón sostiene que Abdera es una fundación fenicia, abandonada tempranamente, que vuelve a florecer en época romana. Gesenius concede que fundándose en el nombre se le ha creído colonia iónica; pero las monedas encontradas en los alrededores de la población muestran inscripciones púnicas con la cabeza de Hércules, lo cual arguye origen fenicio. Steiger me decía que la inscripción que aparece en estas monedas da ABDRATH, palabra que se encuentra también en las inscripciones púnicas de Calama (Ghelma) en Mauritania. Abdera es una fundación fenicia, apagada por los tartesos, reavivada por los griegos, los cartagineses y los romanos. Su significado etimológico es oscuro.

Como topónimo, Abdera aparece en los antiguos escritores clásicos en las formas siguientes: ABDEROS en Mela (II, 94) y Tolomeo (II, 4, 7), ABDARA en Plinio (III, 8) y ABDERA en Strabón (III, 157) y el Ravennate (193). Millás Vallicrosa dice que es un nombre teofórico, no bien explicado. Como andrónimo tiene relación con Abderos, que significa Amante de Melqarte. Como topónimo son homónimos suyos, la Abdera de los Klazomenios en Tracia y la Abdira, Abzera de la Tangitania.

La actual zona de Adra es una pequeña terraza marina situada al pie del manto de calizas secundarias, que domina el paisaje, cortado por barrancos y por el sinclinal transversal del Río Grande. Abdera estuvo si-

tuada al Este de la Adra actual, en una colina de forma triangular, inmediatamente encima de la plataforma litoral. Esta colina, de una altura máxima de treinta y siete metros, presenta un espolón hacia el Sur, formado entre el punto de contacto entre la antigua desembocadura del río y la vieja línea de la costa; hacia el Este el río formó un acantilado de más de veinte metros de altura, fue el factor determinante de la antigua población, pues permitió la formación de un puerto de fácil acceso y buen abrigo. Es la delimitación exacta del emplazamiento de Abdera en el cerro de Montecristo, cuyo acceso actual más cómodo se realiza por el camino de la Alquería. La primera excavación conocida se hizo por aficionados en el 1881; se recogió mucha cerámica, bastantes monedas, restos humanos y un busto de bronce, pequeño y bien conservado, de Ceres, que regalaron a don Tomás Heredia y éste guardó en su museo particular de Málaga. Los últimos, por no decir los únicos, que han realizado una excavación y estudio minucioso han sido Fernández Miranda y Caballero Zoreda en los años 1970-1971.

Tradicionalmente se localiza Abdera en el lugar en que se alza la ermita de San Sebastián. Mediado el siglo XIX, antes de que desviarán hacia Levante el último tramo del Río Grande, Madoz dice que al Este del cerro de Montecristo bajaba el camino de Berja y la rambla de la Fuente separaba el asiento de la población antigua de la actual y cuenta que una avenida del río y de la rambla, ocurrida el siete de enero de 1821, socavó el cerro, en el que aún se alzaban restos de una torre antiquísima y sepultó «este postrer recuerdo de la fenicia Abdera».

«Si vas a Abdera, pide a Astarté salir de ella, pues las abderitanas (lobas de mar como Sornica, la cortesana de Sagunto) enervan para la guerra y adormecen durante la paz». Prevenidos con este aviso de Harnow, vamos a internarnos en Abdera de la mano de sus últimos excavadores. En la parte más alta del cerro, cerca del corte que al Este deja la colina en fuerte acantilado inaccesible, pequeña elevación de cuatrocientos metros cuadrados de superficie, en otro lugar situado junto al camino, a ochenta metros del anterior y delante de la ermita de San Sebastián, sitio abierto a modo de plaza del que sale una vereda que sube a La Alquería, realizaron Fernández Miranda y Caballero Zoreda sus excavaciones. La ermita está construida sobre una necrópolis romana, es lugar tradicional de hallazgos arqueológicos.

En los cortes hechos en la cima del cerro, sin estratigrafía segura, encontraron restos de edificios, en los que no aparecieron indicios de haber usado en su construcción materiales nobles, sino solamente mampostería grosera hecha a base de cantos rodados, piedras calizas de buen tamaño y lajas de pizarra, materiales que da el terreno, trabados con un mortero

de tierra y cal. En algunos sitios aparecieron restos de un cemento hecho con ladrillo molido. En estas zanjas aparecieron fragmentos de vidrio, clavos, placas, arpones, un anzuelo de hierro, punzones, botones, fragmentos de una vasija y una patera de bronce tardorromana; catorce monedas en muy mal estado de conservación, una espátula alargada y dos cuentas de collar, de hueso.

En la excavación de la parte más alta del cerro de Montecristo encontraron cerámica común de color ocre claro con la pasta porosa de color rojizo, cerámica sigillata aretina, sudgálica e hispana; cerámica gris de paredes finas; veintiséis fragmentos de una fuente de cerámica sigillata clara, estampada, de veintinueve centímetros de diámetro y tres más cuatro milímetros de altura máxima; cerámica campaniense; cerámica pintada de estilo ibérico; fragmento de lucerna decorada con un delfín; fragmento de huevo de avestruz sin decorar. De hierro, anzuelos, arpones, alcayata, clavos, aro, fragmento de sierra; clavos y un aro de bronce.

En los cortes abiertos en la zona del cerro situada junto al barranco, que lo rodea por el Este, en el nivel más bajo encontraron una construcción cuadrangular, en los otros niveles cerámica sigillata itálica, fragmentos de copas y fuentes y lucernas, fragmentos de objetos de vidrio, dos punzones y tres monedas de bronce. Fragmentos de vasijas griegas.

En Adra es tradición desde las primeras excavaciones realizadas en la segunda mitad del siglo XIX, que la ermita de San Sebastián ocupa el solar en el que se alzaba el templo de las columnas, que aparece en las monedas antiguas. La tercera zona de excavaciones la abrieron por esto delante de la ermita. Los hallazgos más importantes fueron las pilas de salazones, que aparecen dispuestas en hileras, sobre un suelo cementado con ladrillo muy molido. En el entorno abundantes fragmentos de cerámica sigillata aretina, de páteras, copas, fuentes y otras vasijas. Cerámica medieval y objetos metálicos.

La Abdera antigua vive más de mil años; desde la etapa fenicia del siglo VIII a.C. hasta la tardorromana, siglo IV d.C. Larga vida que explica la existencia de cerámica de todas las etapas, desde la púnica a la sigillata y de monedas que se catalogan en tres grupos: el primero formado por monedas de patrón púnico, semias y ases, en las que aparecen cabezas galeadas, atunes y delfines, templo tetrástilo; el segundo grupo por monedas de época imperial romana, con patrón romano y tradición púnica, ases con cabeza de Hércules, clava y delfín; el tercer grupo formado por monedas de patrón romano, ases con cabeza de Tiberio y templo tetrástilo con dos columnas sustituidas por sendos atunes. Cuarenta piezas, que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional, otras veinticinco en el Museo de la Fábrica de Moneda y Timbre y otras en diversos museos provinciales.

En la cara interior de un fragmento de un pie de una cratera del siglo IV a.C., de 55 milímetros de altura por 167 de diámetro, encontrado en el cortijo de Galera, próximo a Adra, una inscripción fenicia. Se conserva en el Museo Arqueológico Provincial de Granada, fue dada a conocer por Rodríguez de Berlanga. Sola Sole da la traducción *Vasija de los collares preciosos*.

Abdera —concluyen Fernández Miranda y Caballero Zoreda— fue levantada en función de su situación estratégica, dominando la antigua desembocadura del Río Grande sobre la línea de la costa. Parece verosímil la existencia de un puerto en el río. La extensión de la población no debió ser mayor que la del cerro. Esta población nació y se mantuvo en función de la pesca y de la industria de las salazones. Desde su fundación hasta que se arruina a finales del siglo VI o principios del VII d.C, tiene una serie de etapas y grupos de poblamiento, de los que proporcionan datos las fuentes escritas y la arqueología.

La peripecia de las otras poblaciones antiguas de la Baja Alpujarra almeriense no se entiende sin tener en cuenta la colonización romana, el otro ingrediente de la cultura ibérica. En sus solares se sucedieron poblados y factorías fenicios, griegos, cartagineses y romanos. Con la llegada de éstos dos siglos a.C. se modifican las condiciones administrativas. Desde la ocupación de la Península Ibérica por Roma hasta su final, durante seis siglos se producen tres modificaciones administrativas. La primera por decisión del Senado, en el año 197 a.C., en la franja de costa que va de los Pirineos a Cádiz, única tierra que domina Roma desde la ocupación de Cartagena diez años antes. El último tramo del Almanzora, según Thouvenot, dividía esta franja en dos, la Hispania Citerior, la del Sudeste y la Ulterior andaluza. En el año 27 a.C. Augusto divide la Ulterior en dos provincias, la Hispania Ulterior Baética y la Hispania Ulterior Lusitania. La linde entre la Tarraconense y la Bética quedó como estaba, en el último tramo del Almanzora; pero entre los años siete y dos a.C. Augusto encargó a Agripa que rectificase esta linde corriéndola hacia poniente. Agripa la puso en la zona costera de Murgi (El Ejido), de donde la subió por Sierra de Gádor a Sierra Nevada. Advierte Plinio que «M. Agripa juzgó que toda la costa dicha (desde la desembocadura del Guadiana hasta Murgi fue en su origen de los púnicos» y a esta razón etnológica atribuye el P. Fita que corriese la linde hacia poniente. Marín y Prieto y Sánchez León atribuyen la rectificación a que habiendo asignado la Bética al Senado y la Tarraconense al emperador, quiso recuperar para sí las riquezas mineras de las tierras situadas en Sierra de Gádor y Castulo-Baria.

Plinio pone cierta confusión en esta linde. En dos ocasiones pone la linde en el mojón murgitano y en otra afirma que Urçi (Pechina) y Baria

pertenecían a la Bética; hay contradicción entre ambas afirmaciones, que el P. Fita explica razonablemente diciendo que una ciudad podía estar en una provincia y pertenecer administrativamente a otra. La linde entre la Bética y la Tarraconense iba desde Punta Entinas a Alhama de Almería y de aquí a Fíñana, servía de linde el río Nacimiento.

Diocleciano, años 284-305, hizo una nueva división, distribuyó las tres provincias en seis: Tarraconense, Cartaginense, Bética, Lusitania, Gallaecia y Mauritania Tingitana; pero esta división no afectó a la linde Punta Entina-Sierra de Gádor, que siguió separando la Bética de la Cartaginense, que era parte de la antigua Tarraconense. Los hispanorromanos llevaron su pragmatismo a conservar las divisiones administrativas hispanorromanas y, en este caso, mantuvieron las lindes de Agripa entre la Bética y la Tarraconense, entre la Alpujarra y las coras de Almería y Elvira (Granada). Es una linde administrativa no natural, por lo que la linde oriental de la Baja Alpujarra almeriense no está geográficamente en La Mojonera sino en las últimas estribaciones de Sierra de Gádor sobre Almería. Y a toda ella, así delimitada vamos a extender nuestro estudio.

El proceso de romanización se entiende como una transformación total de las estructuras socioeconómicas y políticas prerromanas y como una progresiva implantación de las romanas a todos los niveles. En poco tiempo se alcanzaron metas espectaculares en Andalucía, el Sudeste y Levante, que admiran a los historiadores y geógrafos griegos y romanos. Las gentes de estas zonas llevaban un milenio en contacto con los colonizadores históricos y a su servicio y sufrían los frecuentes asaltos y saqueos de las cuadrillas de bandidos del interior, por lo que buscaban el trato con los romanos y no los habrían resistido de no ser éstos tan rapaces y crueles. Las fabulosas riquezas de Tartessos, mitificadas por los griegos, enriquecieron a la burguesía romana.

La población de la costa Sur andaluza era en gran parte de origen semita, ya que —a decir de Strabón— «la sujeción a los fenicios fue tan completa, que hoy día la mayoría de las ciudades de la Turdetania y de las regiones vecinas están habitadas por ellos». Esto se puede decir especialmente de las tierras del litoral almeriense comprendido entre Abdera y Baria (Villarcicos), densamente pobladas por los libiofenicios o cartagineses y con una vida urbana muy efectiva, acelerada por la llegada de los romanos.

Las poblaciones del Sur y Sudeste vieron en los romanos un poder civilizador, que podía defenderlos de los pueblos inestables y guerreros de la Meseta y del Norte. Se dieron con tal devoción a imitar sus costumbres y a aprender su lengua, que ya en tiempo de Tiberio, años 14-37 d.C. dejó

de usarse la escritura ibérica y las inscripciones latinas de Andalucía presenta pocas huellas de nombres indígenas.

Aunque desde el principio del siglo II a.C. los romanos dominan la costa, hasta comienzos de la era cristiana persiste un sistema comercial de tipo cartaginés, tanta fue la influencia de los púnicos en la zona. Del hecho de llevar escrito en sus monedas el nombre imperial sin la adición del de los magistrados, Blázquez deduce que Abdera debió conservar, como Gades, cierta autonomía.

Del año 23 a.C. al 25 d.C. Abdera decae. Comienza a rehacerse en la última fecha, alcanza su mayor esplendor en la etapa 175-225, sufre una recesión económica en los siglos III y IV y desaparece en el VI. Esto último no está comprobado. El siglo VI es el de la dominación bizantina en el Sudeste, de la que Abdera fue pronto rescatada. Dice Thouvenot que la Abdera cartaginesa una vez en poder de los romanos, recibió de éstos un duunviro que la reorganizó.